

Me trasladaré á París inmediatamente.

12 de Julio.—En París. No comprendo cómo perdí el juicio días atrás. Habré sido juguete de mi enervada imaginación, á menos que sea realmente sonámbulo; también puedo haber padecido una de las influencias comprobadas, pero inexplicables por ahora, que reciben el nombre de «sugestiones.» Lo cierto es que mi extravío rayaba en locura y que á las veinticuatro horas de hallarme en París, recobré mi aplomo.

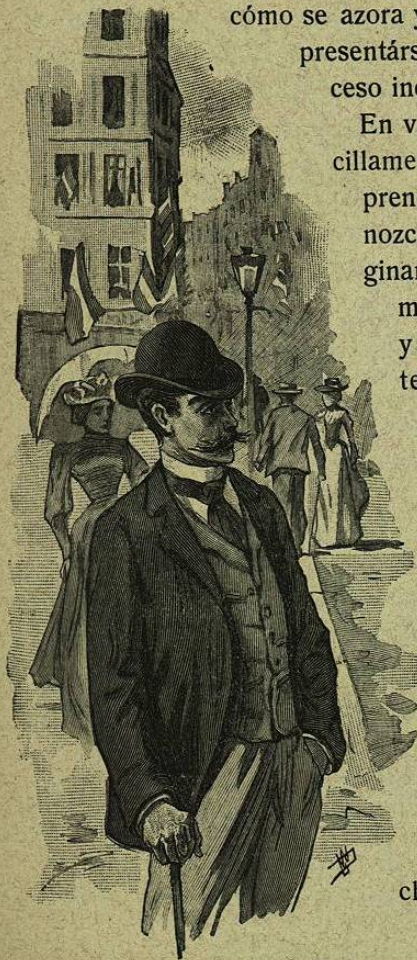
Después de algunas diligencias y visitas que refrescaron mi alma con alientos de vida nueva y briosa, fuí al Teatro Francés. Representaban una comedia de Alejandro Dumas (hijo), y los razonamientos de su ingenio sutil y poderoso acabaron de aliviarme. Seguramente, la soledad es peligrosa para las inteligencias que trabajan demasiado. Necesitamos ver en derredor otros hombres que nos comuniquen sus pensamientos. La soledad prolongada puebla de visiones el vacío.

Volví á la fonda recorriendo á pie los bulevares; muy alegre. Codeándome con los transeuntes, recordaba, no sin alguna ironía, mis imaginaciones y espantos de la última semana cuando llegué á pensar—y lo creí de veras—que un ser invisible habitaba conmigo bajo mi techo.

¡Cuán débil es nuestro juicio y cómo se azora y se desvanece al presentársenos cualquier suceso incomprendible!

En vez de razonar sencillamente: «No lo comprendo, porque desconozco la causa», imaginamos en seguida misterios horrorosos y sobrenaturales potencias.

14 de Julio.—Aniversario de la República. He paseado por las calles. Los ruidos y las colgaduras me divierten como á un chicuelo. Y, sin embargo, considero estúpido alegrarse á fecha fija por mandato del Gobierno. La muchedumbre de ciuda-



danos resulta un rebaño imbécil, que tan pronto se resigna estúpidamente, como se insurrecciona con ferocidad. Le dicen: «Diviértete», y se divierte. Le dicen: «Lucha contra tu vecino», y lucha. Le dicen: «Vota por el Emperador», y vota por el Emperador. Luego le dicen: «Vota por la República», y vota por la República.

Los que le dirigen son tan estúpidos como él; pero en lugar de obedecer á otros hombres, obedecen á convencionalismos necios y estériles, á principios falsos por el sólo hecho de ser principios, es decir, ideas tenidas por indiscutibles é inmutables en este mundo donde no estamos seguros de nada, puesto que hasta la luz es una ilusión y otra ilusión el sonido.

16 de Julio.—Ayer hice observaciones que me han perturbado.

Comía en casa de mi prima, la señora de Sablé, cuyo marido, comandante del regimiento 76 de cazadores, se halla en Limoges. Estaban también invitadas dos amigas de mi prima, y el marido de una de ellas, médico—el doctor Parent—especialista en enfermedades nerviosas, cuyas manifestaciones extraordinarias dan lugar á las nuevas experiencias de hipnotismo y sugestión.

Extensamente nos refirió las prodigiosas obser-

vaciones hechas por sabios ingleses y médicos de la escuela de Nancy.

Los fenómenos que afirmaba como ciertos me parecían de tal modo extraños, que me declaré incrédulo en absoluto.

—Hemos llegado—afirmaba el doctor Parent— á descubrir uno de los más importantes secretos de la Naturaleza; uno de sus más importantes secretos en este mundo, porque tendrá sin duda otros más importantes en el espacio infinito, en las estrellas. Desde que el hombre razona, desde que formula por palabra y por escrito su pensamiento, se siente rodeado por un misterio que no pueden penetrar sus imperfectos y rudimentarios sentidos, cuya impotencia quiere suplir con su esfuerzo intelectual. Mientras la inteligencia del hombre se iba desarrollando, la obsesión de los fenómenos invisibles tomaba formas espantables. De ahí provienen las creencias antiguas de lo sobrenatural, las leyendas de duendes, de hadas, de gnomos, de aparecidos; pudiéramos decir que hasta la leyenda de Dios, porque la manera de presentarnos al Obrero Creador en todas las religiones, no deja de ser una invención de las más necias é inaceptables que ha producido el apocado cerebro de la humanidad. Nada más cierto que la frase de Voltaire: «Dios hizo el hombre

á su imagen y el hombre concibe, á medida de su criterio, sus dioses.»

Pero de medio siglo á esta parte se presiente algo nuevo. Mesmer y algunos otros nos abrieron una senda inesperada, y conseguimos, en estos últimos años principalmente, grandes resultados.

Mi prima, también muy incrédula, sonreía. El doctor Parent la dijo:

—¿Quiere usted que la hipnotice, señora?

Y ella respondió:

—No tengo inconveniente.

Mi prima se había sentado en un sillón y el doctor, mirándola fijamente á los ojos, la fascinaba. Yo me sentí de pronto algo turbado, mi corazón latía con violencia y me costaba esfuerzo tragar la saliva. Vi entornarse los ojos de la señora de Sablé; advertí la crispación de sus labios y las ansias de su pecho.

A los diez minutos ya estaba dormida.

—Póngase usted á su espalda—me dijo el médico.

Lo hice, y él puso en las manos de mi prima una tarjeta, diciendo:

—Es un espejo. ¿Qué ve usted reflejado en él?

Ella respondió:

—Veo á mi primo.

—¿Qué hace?

—Se retuerce los bigotes.

—¿Y ahora?

—Saca del bolsillo una fotografia.

—¿De quién?

—Su propio retrato.

¡Era verdad! Un retrato que mi prima no había visto nunca. El doctor prosiguió:

—¿Cómo está la figura en ese retrato?

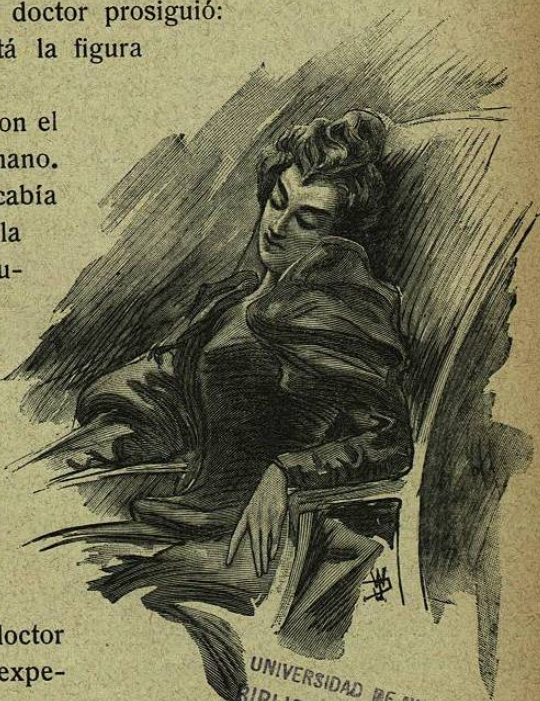
—De pie y con el sombrero en la mano.

Ya no me cabía duda; veía en la tarjeta, como hubiera visto en un espejo.

Las dos amigas de mi prima exclamaron aterradas:

—¡No más!
¡No más! ¡No más!

Pero el doctor insistía en su experimento:



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO R. YES"
1625 MONTERREY, MEXICO

—Mañana se levantará usted á las ocho para visitar á su primo en la fonda, suplicándole que la preste 5.000 francos, porque los necesita su marido, y ha de pedírselos á usted en su próximo viaje.

Inmediatamente la despertó.

Regresando al hotel discurría yo acerca de tan extraño suceso y me asaltaba la duda, no por suponer á mi prima capaz de un fingimiento, conociendo la sencillez de su carácter, sino sospechando alguna superchería del doctor. ¿No pudo reflejar mi fotografía en cualquier espejillo bien disimulado y ofrecer la imagen á los ojos de la señora de Sablé desvanecida? Los prestidigitadores hacen experimentos asombrosos.

Me acosté y dormí.

A la mañana siguiente me despertó mi criado con esta noticia:

—La señora de Sablé aguarda y dice que necesita inmediatamente hablar al señor.

Vestíme de prisa para salir á su encuentro.

Me saludó turbada, con los ojos entornados; y sin alzar el velo que cubría su rostro, me dijo:

—Vengo á pedirte un favor inmenso.

—Pídeme todo lo que tú quieras.

—No sé cómo decírtelo, y es necesario que te lo diga. Préstame 5.000 francos.

—¿Para qué los quieres?

—Mi marido me los pedirá en cuanto venga. Le hacen falta.

Me quedé tan asombrado, que balbuceaba mis respuestas. Ocurrióseme que podría burlarse de mí habiendo preparado con el doctor Parent aquella farsa.

Pero mirándola fijamente se desvanecieron todas mis dudas. Angustiándose, mi prima temblaba; era para la infeliz muy bochornoso el paso que acababa de dar y comprendí que hacía esfuerzos para contener su llanto.

Además, yo estaba seguro de que mis primos disfrutaban de una renta cuantiosa, y objeté:

—¿Es posible que tu esposo no disponga de 5.000 francos? Reflexiona. ¿Es posible que te los pida?

Dudó un momento, como si esforzara la memoria para recordar; luego afirmó:

—Sí... sí... ¡estoy segura!

—¿Te lo ha escrito?

Reflexionó de nuevo. Yo comprendía que torturaba su memoria inútilmente, sin hallar la respuesta precisa. Ella sólo sabía una cosa: que debía pedirme 5.000 francos para su marido. Y obstinada en esa idea, se decidió á mentir:

—Sí, me ha escrito.

—¿Cuándo? ¿Cómo no me lo dijiste ayer?

—Recibí la carta hoy, muy temprano.

—¿La traes? Enséñamela.

—No... No... No... No es posible. Hablaba de asuntos íntimos... Tan íntimos que... la he quemado.

—¿De manera que tu esposo gasta más de lo que puede y se arruina?

Dudó antes de contestar:

—Lo ignoro.

Entonces dije:

—Lo peor es que no dispongo de 5.000 francos así, de momento.

Ella lanzó un suspiro de angustia:

—¡Oh! Te lo ruego... te lo ruego... búscalos...

Exaltábase, uniendo las manos con expresión de súplica. Su voz se velaba. Lloraba, tartamudeaba sin poder sustraerse á la orden irresistible que había recibido.

—¡Oh! Te lo ruego. ¡Si tú supieras cuánto sufro! Me hacen falta hoy...

Me compadecí:

—Cálmate, yo te juro que los tendrás.

—¡Oh! ¡gracias! ¡gracias! ¡Eres muy bueno!—exclamó:



—¿Recuerdas lo que sucedió ayer en tu casa— dije.

Y respondió resueltamente:

—Sí.

—¿Recuerdas que te durmió el doctor Parent?

—Sí.

—Te mandó que vinieras á pedirme 5.000 francos por la mañana, y lo haces obediente á la sugestión.

Después de reflexionar un momento, insistió:

—Mi marido me los pide.

Durante una hora traté de convencerla, sin conseguirlo.

Cuando ella se hubo ido, inmediatamente fuí á casa del doctor. Oyóme sonriente y dijo:

—¿Ya no duda usted?

—Ya no dudo.

—Vayamos á casa de su prima.

La vimos recostada en un sofá rendida por el cansacio. El médico la tomó el pulso, la miró fijamente. La señora de Sablé cerró los ojos, no pudiendo resistirse al poder magnético de aquella mirada.

Entonces el doctor dijo:

—A su esposo no le hacen falta esos 5.000 francos. Olvide usted que se los pidió á su primo, y

aunque le hable de semejante cosa, usted no lo recordará.

Dicho esto la despertó. Yo saqué mi cartera para contar el dinero.

—Ahí tienes lo que me has pedido esta mañana.

Fué tanta su sorpresa, que de pronto no me atreví á insistir. Luego quise aguzar su memoria, pero mi prima negaba obstinadamente, suponiendo una broma lo que yo le decía, y acabó poniéndose algo seria.

.....

Al volver á mi casa no me ha sido posible almorzar. De tal modo me ha trastornado el experimento.

19 de Julio.—Muchas personas á quienes lo he referido se rieron de mi credulidad. Yo tengo aún ciertas dudas.

21 de Julio.—He comido en Bougival, asistiendo al baile de los bateleros. La influencia de los lugares, del ambiente que nos rodea, es inevitable. Sería un absurdo preocuparse de lo sobrenatural en la Isla de las Ranas; pero, ¿y en el monte de San Miguel?... ¿Y en la India? Lo que nos rodea ejerce acción sobre nosotros. Regresaré á mi casa dentro de ocho días.

30 de Julio.—Ayer llegué. No hay novedad.

2 de Agosto.—Nada nuevo; hace un tiempo magnífico. Paso las horas muertas viendo correr el agua del río.

4 de Agosto.—Disputan mis criados porque aparece rota la cristalería y nadie quiere tener la culpa. Mi ayuda de cámara dice que la rompe la cocinera; la cocinera se descarga en la doncella, la cual asegura que son los otros dos. ¿Quién es el culpable? ¡Vaya usted á saberlo!

6 de Agosto.—Ahora no es una locura. ¡Lo he visto! ¡Lo he visto! ¡Lo he visto! Ya no es posible dudar... Lo he visto.. Aún me tiemblan las carnes y se me crisan las uñas... el espanto se apodera de mí helándome hasta la medula... Sí... Lo he visto.

A las dos paseaba yo por el jardín tomando el sol, recorriendo un camino de rosales de otoño que ya empiezan á florecer.

Mientras contemplaba tres rosas magnificas, vi—lo vi claramente—que se partía el tallo de la más bonita, como si una invisible mano la cogiera. Luego la rosa describió en el aire la curva que pudiera marcar un brazo retirándose, y se quedó fija, como si se hubiera prendido en unos labios, horizontal, suspendida en el aire transparente, sola, inmóvil, á dos metros de mí.

Enloquecido me arrojé á cogerla. Desapareció.



No vi nada. Enfurecíme contra mí mismo, pensando que un hombre razonable y serio no debe tener semejantes alucinaciones.

Pero ¿aquello era realmente alucinación? Miré al rosal; faltaba una rosa de las tres, y se veía el tallo recién tronchado.

Volví á mi casa con el alma entristecida, seguro al fin—como lo estoy de que suceden las noches á los días invariablemente—de que junto á mí existe otro ser invisible que se alimenta de leche y de agua, que puede cortar una rosa; de que su naturaleza es material, aun cuando imperceptible á mis sentidos, y de que habita, junto á mí, en mi propia casa.

7 de Agosto.—He dormido con tranquilidad. Se bebió el agua de la botella, pero no ha turbado mi sueño.

Me pregunto si estoy loco. Ahora mismo, paseándome á la orilla del río tomando el sol, me asaltaron dudas acerca de mi estado, pero no dudas vagas como las que tuve otras veces, no; dudas concretas, claras. He visto á varios locos; los conocí que parecían inteligentes, discurrendo muy bien acerca de todo y desbarrando sólo en un punto que constituía su locura. Razonaban con mucha claridad, con viveza, con juicio; y de pronto, al tropezar

en una idea—siempre la misma obsesión—como la ola que tropieza en un escollo, su pensamiento se desgarraba, se deshacía, confundido y diseminado en el mar borrascoso y oscuro que se llama «locura».

Yo me supondría loco, rematadamente loco, si no tuviese conciencia de mi estado, si no lo analizase y lo sondease con una completa lucidez. Sin duda soy un alucinado reflexivo. Se habrá producido en mi cerebro una perturbación desconocida, una de esas perturbaciones que actualmente preocupan á los fisiólogos afanados en observarlas y precisarlas; y esa perturbación pudo acaso producir en mi criterio, en el orden y en la lógica de mis ideas, un relajamiento profundo. Fenómenos de tal naturaleza nos los ofrecen los ensueños, arrastrándonos á través de las fantasmagorías más inverosímiles, que no logran sorprendernos, porque el aparato verificador, el sentido que debiera comprobar su falsedad, se halla dormido, mientras la imaginación despierta, funciona. ¿No es razonable suponer que una de las imperceptibles teclas del múltiple organismo cerebral se halle paralizada en mí? Algunos hombres, á consecuencia de un accidente, perdieron la memoria de los apellidos, ó de los verbos, ó de los números, ó solamente de las fechas. La localización

de cada una de las funciones cerebrales, hállese ya comprobada. No puede sorprenderme que se haya dormido en mi cerebro la facultad de advertir lo inverosímil de ciertas alucinaciones.



Reflexionaba todo esto avanzando por la orilla del río. El sol inundaba con su luz los campos, vivificando la tierra y haciéndome sentir el encanto de la vida; los vencejos, con su agilidad, alegraban mis ojos y el rumor de las hierbas al mecerse, proporcionaba un goce á mis oídos.

Sin embargo, poco á poco un malestar inexplicable se apoderaba de mí. Me pa-

recía que una fuerza oculta, incomprensible, me abrumaba, me contenía impidiéndome ir más lejos, obligándome á retroceder. Sentí el ansia dolorosa que nos oprime, que nos corta el camino, cuando hemos dejado en el hogar un enfermo grave y querido; un presentimiento triste nos amarga y sobrecoge de pronto, asegurándonos que la enfermedad se agravó.

Así, regresé, á pesar mío, seguro de hallar en mi casa una funesta noticia. No hallé nada, quedándome aún más angustiado y más inquieto que si hubiera sufrido alguna nueva visión extraordinaria.

8 de Agosto.—Pasé una velada terrible. No se manifiesta, pero le siento á todas horas junto á mí, observándome, penetrándome, dominándome y más temible, oculto en esa forma, que si se mostrara por fenómenos sobrenaturales su presencia invisible y constante.

Sin embargo, he dormido.

9 de Agosto.—Nada, pero tengo miedo.

10 de Agosto.—Nada; ¿qué sucederá mañana?

11 de Agosto.—Nada, nada; pero no puedo permanecer aquí oprimido por un temor incesante y continuas preocupaciones abrumadoras. Me voy.

12 de Agosto.—(A las diez de la noche.) Pasé todo el día queriendo irme y no pude lograrlo. No pude

realizar mi propósito, cuya resolución depende sólo de mí; una cosa muy sencilla: salir—que me llevara mi coche á Rouen—, y no me ha sido posible. ¿Por qué?

13 de Agosto.—Cuando estamos poseídos por ciertas enfermedades, todo el organismo se resiente, perdemos las energías; se relajan los músculos; ablándanse los huesos; toda nuestra carne se desploma. He sentido semejante abatimiento en mi ser moral de una manera extraña y desoladora. No tengo fuerza, ni energía, ni el menor dominio sobre mí. No tengo ni voluntad para moverme. No soy dueño de mi voluntad. Alguien me impulsa, me contiene, me domina; y me veo precisado á obedecer.

14 de Agosto.—¡Estoy perdido! Alguien se apoderó de mi alma y la gobierna. Sí; alguien me posee y rige mis actos, mis movimientos y mis juicios. Ya no soy nada en mí, nada más que un espectador, un esclavo, y todas mis acciones me horrorizan. Quisiera salir y no puedo. No me permite salir, y continuo desolado, tembloroso, en el sillón donde me sentó. Quisiera levantarme, removerme, hacer algo que me convenciera de que no he perdido la voluntad. ¡Y no puedo! Me sujeta en el sillón, y el sillón se adhiere al suelo de tal modo, que ninguna fuerza podría levantarlos.

Después, de pronto, es preciso, es inevitable que baje al jardín para coger fresas y comerlas. Y voy fatalmente, inevitablemente; cojo fresas y me las como; ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Librame! ¡Sálvame! ¡Socórreme! ¡Apiádate de mí! ¡Oh! ¡Apiádate de mí! ¡Sálvame! ¡Qué sufrimiento! ¡Qué tortura! ¡Qué horror!

15 de Agosto.—Ahora comprendo cómo se hallaba poseída y dominada mi pobre prima cuando fué á pedirme los 5.000 francos. Era esclava de un mandato que se infiltró en ella como un alma parásita y dominadora. ¿Indicarán esos fenómenos el fin del mundo?

¿Quién es el invisible ser que me gobierna, el desconocido, el vagabundo de una raza sobrenatural?

Pero, si existen los Invisibles, ¿por qué desde los orígenes del mundo no se han manifestado nunca de una manera precisa, como se manifiestan ahora para mí? No tuve noticia de nada semejante á lo que me ocurre dentro de mi casa. ¡Oh! Si pudiera irme y no volver jamás; si pudiera huir, estaría salvado. Pero no puedo.

16 de Agosto.—Hoy he podido escaparme durante dos horas, como un preso que ve abierta por casualidad la puerta de su calabozo. De pronto me sentí